

OCTAVIO.—Es por lo menos el de los tres cuartos del ejército.

QUESTENBERG.—¡Desdichados de nosotros!... ¿Dónde encontrar presto otro para subyugar á éste? El tal Illo... me temo que piensa aún algo peor de lo que manifiesta, y Buttler no puede ocultar tampoco sus aviesas opiniones.

OCTAVIO.—El orgullo ofendido, el carácter quisquilloso son la única causa de eso. Nada, en suma. No desespero todavía de Buttler; conozco la manera de domarlo.

QUESTENBERG (*paseándose inquieto*).—¡Ah! ¡no, no!... Esto está peor, mucho peor, amigo mío, de lo que creíamos en Viena. Desde allí veíamos las cosas con ojos de cortesano, deslumbrados por el resplandor del trono; no habíamos visto aún á este omnipotente general en su propio campamento. Aquí la situación muda de aspecto... Aquí no hay emperador; el único emperador es el príncipe. La excursión que acabamos de hacer da al traste con todas mis esperanzas.

OCTAVIO.—Ahora os convenceréis con vuestros propios ojos de lo arriesgado de la comisión que me encargáis en nombre de la corte, y de cuán espinoso es el papel que represento aquí... La menor sospecha del general me costaría la vida ó la libertad, y apresuraría la ejecución de sus temerarios proyectos.

QUESTENBERG.—¡Ah, qué imprudencia la nuestra! ¡fiar la espada á ese audaz! ¡deponer en sus manos semejante poder! La tentación era demasiado fuerte para ese corazón pervertido; hasta para el hombre virtuoso fuera peligrosa. Os digo que se negará á obedecer al Emperador; puede hacerlo, y lo hará. Su impune arrogancia mostrará á la vergüenza nuestra impotencia.

OCTAVIO.—¿Pensáis que sin motivo trae aquí á su esposa y á su hija, en el preciso momento en que nos

disponemos á la guerra?... Así sustrae al Emperador las últimas prendas de su fidelidad, lo cual nos anuncia la proximidad del cataclismo.

QUESTENBERG.—¡Desdichados de nosotros!... ¡Qué amenazadora tormenta nos amaga y nos rodea de todos lados! ¡El enemigo en la frontera, ya dueño del Danubio, y siempre avanzando!... ¡en el interior del país el villano en armas y las campanas á vuelo tocando á rebato! ¡todas las clases rebeladas!... ¡y el ejército, el ejército del cual esperábamos el socorro, pervertido, intratable, olvidado de toda disciplina, separándose del Estado y de su Emperador, conducido, extraviado por un hombre extraviado también!... el ejército, ¡espantoso y ciego instrumento en manos del hombre más audaz que existe!

OCTAVIO.—No desesperemos tan pronto, amigo mío. Siempre fué más osada la lengua que la acción. Tal habrá que en su ceguera parece dispuesto á la mayor extremidad, y temblaría de oír nombrar su crimen en alta voz... Por lo demás, no estamos tampoco indefensos. Como sabéis, el conde Altringer y Gallas mantienen disciplinado su pequeño ejército, que se aumenta diariamente. Wallenstein no puede sorprendernos; vive rodeado de mis espías: tengo noticias de sus menores pasos, á veces de su propia boca.

QUESTENBERG.—Es inconcebible que no advierta cuán cerca tiene á su enemigo.

OCTAVIO.—No creáis, sin embargo, que gane su favor con mentidos artificios ó engañosas complacencias, ni que me mantenga en su confianza á fuerza de hipocresía. Mi prudencia, y mis deberes para con el imperio y el Emperador, me imponen la obligación de ocultarle mis verdaderos pensamientos, mas nunca mentí para engañarle.

QUESTENBERG.—¡Visible favor del cielo!

OCTAVIO.—No sé qué le atrae y le ata fuertemente á

mi hijo y á mí. Toda la vida hemos sido amigos y compañeros de armas; el hábito y la comunidad de peligros nos unieron temprano, mas podría citar el día en que me abrió de golpe su corazón y creció su confianza. Fué la mañana de la batalla de Lutzen. Movidó por un funesto sueño salí á buscarle para ofrecerle un caballo, y halléle fuera de las tiendas, dormido debajo de un árbol. Le desperté y le conté lo que sentía en mi interior; entonces miróme largo rato con gran sorpresa, y echándose á mis brazos, se mostró más conmovido de lo que era natural, dado lo insignificante del obsequio. Á partir de aquel día me acosa con su confianza al paso que yo huyo de ella.

QUESTENBERG.—Sin duda compartiréis el secreto con vuestro hijo?

OCTAVIO.—¡Ah!... eso no.

QUESTENBERG.—¡Cómo! ¿No queréis mostrarle en qué malas manos ha caído?

OCTAVIO.—Quiero dejarle entregado á su inocencia. Su carácter confiado es ageno al disimulo... sólo su ignorancia puede conservar libre su ánimo, y mantener al duque en su seguridad.

QUESTENBERG (*inquieto*).—Amigo mío; el coronel Piccolomini me merece la mejor opinión... Pero... si... pensadlo... reflexionadlo...

OCTAVIO.—Debo arriesgarme!... Silencio... Él...

ESCENA IV

Dichos, MAX PICCOLOMINI

MAX.—¡Ah!... Ahí le tenemos... Padre mío, me alegro de veros. (*Le abraza. Al volverse advierte la presencia de Questenberg y se retira con frialdad.*) Estáis ocupado, por lo visto... No quiero estorbar.

OCTAVIO.—¡Cómo, Max! Saludad á nuestro huésped... Los antiguos amigos merecen siempre consideración, y el enviado del Emperador gran respeto.

MAX (*con sequedad*).—Bienvenido seáis, señor de Questenberg, si algo bueno os trae al cuartel general.

QUESTENBERG (*cogiéndole la mano*).—No retiréis la mano, conde Piccolomini; no os la doy por mí, ni trato de cumplir con una vana fórmula de cortesía. (*Coge la mano del padre y del hijo.*) Octavio, Max Piccolomini, nombres importantes y de feliz augurio. Mientras esos dos astros bienhechores brillen sobre el ejército, no abandonará al Austria la ventura.

MAX.—Señor ministro, os salís de vuestro papel. Sé que no habéis venido aquí á distribuir elogios sino reproches y censuras... No quiero ningún privilegio sobre los demás.

OCTAVIO (*á Max*).—Viene de la corte, donde no están, á lo que parece, tan satisfechos del duque como aquí.

MAX.—¿Qué pueden reprocharle de nuevo? ¿Que resuelva por sí mismo lo que sólo él comprende? Pues tiene razón para obrar así, y fuerza es que persista. No ha nacido él para plegarse dócilmente á la ajena voluntad; esto sería contrario á su naturaleza. No puede. Dotado de un alma de soberano, ocupa el lugar de un soberano, y no es poca suerte para nosotros que sea así. Puesto que son pocos los que saben gobernarse y usar sabiamente de su inteligencia, gran dicha es para todos nosotros, repito, haber dado con un hombre capaz de ser la piedra angular, el apoyo de muchos miles y como sólida columna á la cual se atan los demás con gusto y confianza. Este es Wallenstein. Si otro existe que parezca mejor á la corte, el ejército sólo quiere á él.

QUESTENBERG.—¡El ejército!... Éste sí.

MAX.—Da gusto verle despertar, animar, fortificar cuanto se halla en torno suyo, y cómo á su influjo se manifiesta toda fuerza y se revela toda cualidad. ¡Cómo sabe sacar á luz las facultades particulares y las aumenta todavía! Deja que cada cual luzca por lo que vale, cuida tan sólo de que todos ocupen su verdadero lugar, y así se apropia y se sirve de las cualidades de todos.

QUESTENBERG.—¿Quién le niega el arte de conocer á los hombres y servirse de ellos? Pero engréido con su poder, se olvida de que también él es súbdito y parece creer que sólo á la naturaleza debe el alto puesto que ocupa.

MAX.—¿Y acaso no es así? Sólo á la naturaleza debe toda su fuerza, y con ella el poder de extenderla y conquistar con su talento soberano su soberana jerarquía.

QUESTENBERG.—Con que todo lo que valemos todavía, todo lo que somos, lo debemos á su generosidad?

MAX.—El hombre extraordinario requiere una confianza extraordinaria. Dadle espacio en que moverse... ya fijará él mismo sus límites.

QUESTENBERG.—Pruebas tenemos de ello.

MAX.—En efecto; cuánto es profundo os espanta. Sólo os place lo superficial y llano.

OCTAVIO (*á Questenberg*).—Excusadle, amigo mío; de otro modo no vais á entenderos nunca con él.

MAX.—En cuanto surge algún conflicto invocáis el auxilio de su genio, para temblar luégo de espanto apenas aparece. ¡Como si todo lo extraordinario y sublime debiese llevar el mismo camino que lo vulgar! En la guerra las circunstancias suelen ser apremiantes, y hay que ver las cosas con los propios ojos y mandar en persona. El general necesita poseer grandes cualidades; dejadle vivir, pues, en su gran esfera. Su propio oráculo, la palabra viva de la presente rea-

lidad, deben ser sus consejeros, y no la letra muerta de rancios papeles y polvorientas ordenanzas.

OCTAVIO.—Permítenos á los viejos, hijo mío, que no menospreciemos por severas las antiguas ordenanzas, que tienen el dón inestimable de poner freno á la impetuosa voluntad. Sí; la arbitrariedad fué siempre temible, hijo mío, mientras el camino del orden conduce siempre á término feliz, á través de sus vueltas y revueltas. En línea recta parte el rayo ó la bala del cañón que lleva el exterminio consigo; pero la senda donde el hombre encuentra la ventura, sigue el curso de los ríos, rodea los valles, serpentea á lo largo de los campos y viñedos, y, respetando los sagrados linderos de la propiedad agena, llega al término propuesto, más tarde sí, pero con paso más seguro.

QUESTENBERG.—¡Ah! escuchad á vuestro padre, que es un héroe, y un hombre al propio tiempo.

OCTAVIO.—Tú, hijo mío, hablas como un hijo del campamento, que, educado en quince años de guerra, no ha conocido los beneficios de la paz. Hay algo mejor que la guerra, hijo mío; ella misma no es más que un medio para alcanzar mejores bienes. Los portentosos y rápidos actos de la fuerza, las sorprendentes maravillas de un instante no engendran la dicha real, tranquila, duradera. Alza el soldado, de prisa y con excepcional actividad, sus ciudades de tela; ya reina en torno suyo la animación y la vida; ábrese el mercado; ríos y caminos vacían en ellos sus mercancías y animalos el comercio. Pero, á lo mejor, pliéganse de pronto las tiendas, y la horda se va. El campo que holló con planta brutal queda asolado y mudo como un cementerio, y perdida la cosecha.

MAX.—¡Oh! ¡padre mío!... Firme la paz el Emperador, y he de trocar con júbilo los ensangrentados laureles por la primera violeta que nazca á perfumar la tierra rejuvenecida.

OCTAVIO.—¿Qué te pasa? ¿Por qué te conmueves tan profundamente de golpe?

MAX.—¡Que no conozco la paz!... ¡Ah sí, padre mío!... vengo de verla. Mis piés me condujeron donde la guerra no ha penetrado todavía. ¡Ah, padre mío! La vida tiene encantos que yo ignoraba. Como piratas de salvajes costumbres, errantes por un mar desierto sobre las sombrías tablas de despedazado navío, sólo vimos hasta ahora las escarpadas playas de esta vida tan hermosa, y las sombrías ensenadas donde atracamos miserables y perseguidos... No, los tesoros que oculta la tierra en sus valles misteriosos no parecieron jamás á nuestra mirada en nuestras tormentosas navegaciones...

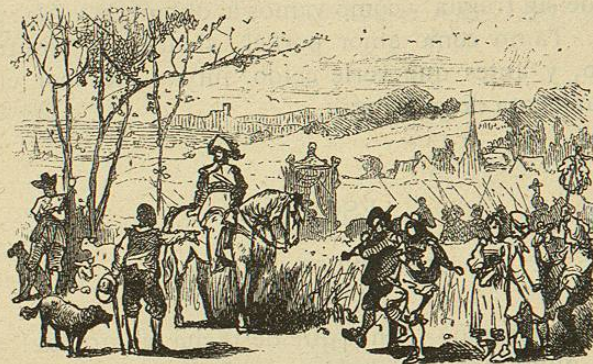
OCTAVIO (*con atención creciente*).—¿Y esto es lo que te ha enseñado este viaje?

MAX.—Fué la primera distracción de mi vida... ¿Cuál será el fin y la recompensa de la penosa tarea que consume mis años juveniles y deja mi corazón vacío é inquieto, sin adornar ni pulir mi inteligencia? Porque en el confuso tumulto de un campamento, entre el relinchar de los caballos y el estruendo de la trompetería, en la monótona regularidad del mando y del servicio, nada existe que pueda satisfacer un corazón sediento de goces. El alma no entra para nada en tan áridas ocupaciones. Otra ventura, otras alegrías hay en el mundo.

OCTAVIO.—Mucho has aprendido, hijo mío, en tu último viaje.

MAX.—¡Qué feliz, qué hermoso el día en que el soldado vuelve á la vida, á la humanidad, y con banderas desplegadas al són de una marcha de júbilo, torna el ejército á su patria, cantando himnos á la paz! Ciñen los yelmos verdes ramos, último hurto hecho á los campos; se abren por sí mismas las puertas de las ciudades, sin necesidad de derribarlas á cañonazos;

los muros se coronan de gente victoreando; las campanas á vuelo, festejan el fin de los sangrientos combates; la multitud, alegre, feliz, se derrama fuera de la ciudad y retarda el paso del ejército con sus muestras de entusiasmo y de cariño... El anciano, gozoso de alcanzar semejante espectáculo, estrecha la mano de su hijo que entra de nuevo en el doméstico hogar.



Como extranjero vuelve á sus dominios por tanto tiempo abandonados; el tierno arbolillo que doblaba con la mano, le cubre ahora con su ramaje; la niña, que dejó en brazos de la nodriza, acude á saludarle ruborosa... ¡Ah! ¡Feliz aquel para quien se abren sus brazos con ternura!

QUESTENBERG (*conmovido*).—¡Lástima grande que estéis hablando de tiempos tan lejanos, harto lejanos, por desgracia, y no de lo que ocurre y ocurrirá mañana!

MAX (*volviéndose á él con viveza*).—¿Y quién tiene la culpa de ello sino vosotros, los funcionarios de Viena? Lo confieso con franqueza, Questenberg; en cuanto os he visto aquí, he sentido singular disgusto... Vosotros sois los que oponéis obstáculos á la paz; sí, vosotros. Quien tiene que imponerla es el soldado. Amargáis la

vida al príncipe, creáis dificultades á sus proyectos, le calumniáis, y todo ¿por qué? Porque prefiere el bienestar de Europa entera á unas cuantas fanegas más ó menos para el Austria. Le miráis como á un rebelde, y Dios sabe lo que meditáis contra él, porque trata con miramientos á los sajones é intenta ganarse la confianza del enemigo. Y no obstante, éste es el único medio de conseguir la paz, porque si la guerra se prosigue sin tregua ¿cómo vamos á obtenerla? Ah, no, no... Tanto como amor por él, siento por vosotros odio, y antes que verle caído, juro verter por él la última gota de mi sangre. *(Se va.)*

ESCENA V

QUESTENBERG, OCTAVIO

QUESTENBERG.—¡ Ah! ¡ qué desdicha tan grande! ¿ A este punto han llegado las cosas? *(Impaciente y con viveza.)* ¿ Y le dejaremos en su error? ¿ y no le llamaremos al instante para quitarle la venda de los ojos?

OCTAVIO *(como saliendo de su ensimismamiento).*—Lo que ha hecho ha sido abrir los míos... veo más de lo que quisiera.

QUESTENBERG.—¿ Qué pasa?

OCTAVIO.—¡ Maldito viaje!

QUESTENBERG.—¡ Cómo!... ¿ Pues qué?

OCTAVIO.—Venid... Fuerza es que le siga y me entere por mis propios ojos... Venid. *(Intenta llevárselo.)*

QUESTENBERG.—Pero... ¿ a dónde vamos?

OCTAVIO.—A verla á ella.

QUESTENBERG.—A...

OCTAVIO *(rectificando).*—Digo... á ver al duque... Vamos... Todo lo temo... Veo en qué redes ha caído... No es el mismo de cuando se fué.

QUESTENBERG.—Explicadme tan sólo...

OCTAVIO.—Debí preverlo; debí impedir este viaje. ¿ Por qué callar con él? Teníais razón; era cosa de advertirle. Ahora es tarde ya.

QUESTENBERG.—¡ Cómo, tarde!... Observad que me estáis hablando por enigmas.

OCTAVIO *(más tranquilo).*—Vamos á ver al duque; es la hora fijada para la entrevista; vamos... ¡ Maldito viaje! *(Se lo lleva; cae el telón.)*

